

## **MOVIMIENTOS Y PARTIDOS: UNA DÉCADA DE RELACIONES CAMBIANTES**

**Ricard Gomà**

Universitat Autònoma de Barcelona

**Natalia Rosetti**

Universitat Autònoma de Barcelona

### **Un escenario de cambio de época**

La última década se abre en el estado español con una triple convulsión: política, socioeconómica y territorial. La corrupción, los recortes sociales y el centralismo forman una trama de agresiones a la democracia, a los derechos sociales y al autogobierno, sin precedentes en muchos años.

En la dimensión socioeconómica, mayo de 2010 marca el inicio del ciclo austeritario bajo control de la *troika*; en agosto de 2011 se reforma, sin debate alguno, el artículo 135 de la Constitución, que da cobertura jurídico-política al rescate de la banca privada con el dinero de escuelas y hospitales públicos; en febrero de 2012 se aprueba una reforma laboral devastadora para los derechos de la clase trabajadora. Y todo ello, en un marco de corrupción como forma ordinaria de gobernanza.

En la dimensión territorial, la sentencia del Tribunal Constitucional de junio de 2010 dinamita el Estatut y, por tanto, el pacto político entre el Estado y Cataluña avalado en referéndum por la ciudadanía. El gobierno central se instala en

el inmovilismo y la unilateralidad. En diciembre de 2013 se aprueba la nueva ley de régimen local (la LRSAL), portadora de un ataque profundo a la autonomía municipal. La regresión política, social y territorial está servida.

Todo ello provoca la articulación progresiva de un ciclo de impugnación y de construcción de alternativas en múltiples frentes. El 15 de mayo de 2011 se llenan las plazas con significados de cambio de época, con repertorios inéditos y con actores emergentes. Cristaliza una corriente social de fondo que contesta las viejas formas de hacer política, sus tramas de corrupción y su austericidio injusto. El 11 de septiembre de 2012 se llenan las calles de Barcelona de aspiraciones colectivas que cruzan todos los colores de la estelada: ante la recentralización y el bloqueo, el derecho a decidir opera como demanda y bandera compartida.

El malestar podía haberse estancado ahí, en la esfera de la denuncia social, aún con toda su fuerza ciudadana. Pero fue más allá. Las dinámicas de movilización se convirtieron de forma acelerada en un factor clave de construcción de una nueva gramática política. Los espacios políticos y los sistemas de partidos se vieron sometidos a intensas presiones de transformación.

Las elecciones europeas de 2014 marcan la irrupción de Podemos como dispositivo de canalización política de la cultura 15M, en sentido amplio. En mayo de 2015, las candidaturas municipalistas de confluencia y unidad popular consiguen no sólo irrumpir sino ganar en las grandes ciudades, con Barcelona y Madrid a la cabeza. Se configura, poco después, una amplia mayoría soberanista en el Parlament de Cataluña, tejida en buena parte por actores políticos emergentes. Finalmente, tras las elecciones generales de diciembre de 2015 y su réplica en junio de 2016, el bipartidismo pasa a ser historia: la suma de Unidas Podemos (UP) con las confluencias territoriales en Cataluña, País Valenciano, Baleares y Galicia consigue más de cinco millones de votos y 71 diputados en el

Congreso, casi a la par con el Partido Socialista, una realidad impensable en el escenario previo al cambio de época político. Ese nuevo pluralismo explica la formación, en 2019, del primer gobierno progresista de coalición desde la II República.

En efecto, observamos hoy, con cierta perspectiva, una década de transformaciones. Y una década, también, de relaciones cambiantes entre la acción colectiva y lo político. Intentaremos descifrar algunos aspectos de todos estos fenómenos. Con más voluntad de explorar caminos que de construir respuestas; con más afán de conversación que de certezas imposibles.

### **Las nuevas dinámicas de acción colectiva**

Al ciclo alterglobalizador que se despliega en torno al cambio de milenio –esos años que van desde la revuelta zapatista hasta el “No a la guerra”– le sucede durante la última década un nuevo ciclo de acción colectiva, caracterizado quizás por tres elementos clave:

- En primer lugar, **el giro espacial y cotidiano**. A la época de las grandes narrativas y sus movimientos sociales le sucede un nuevo escenario de prácticas colectivas cuya activación no se produce tanto desde marcos ideológicos sino desde la propia experiencia de los agravios: las personas y poblaciones afectadas devienen activistas. Las movilizaciones y las iniciativas, impregnadas de gramática feminista, se vinculan a los territorios, a los entornos de vida. El hábitat y la proximidad pasan a jugar un papel vertebrador: lo comunitario se convierte en un vector básico de las lógicas emergentes.
- En segundo lugar, **el sesgo global y digital**. A lo comunitario se suma lo global. La digitalización de la acción colectiva permite desbordar marcos territoriales. La proximidad relacional se consigue también en clave de hiperconectividad: internet como esfera de movilización. Ya no se trata de aquel “pensar global, actuar local” del

movimiento ecologista del siglo XX. Las prácticas de cotidianidad pueden articularse, ahora, en redes digitales de escala planetaria: entramados de acción de tipo global que recogen y transfieren los saberes, energías y repertorios de territorios múltiples.

- En tercer lugar, **la expansión de prácticas prefigurativas**. El siglo XX viene marcado por el predominio de la acción colectiva contenciosa arraigada en lógicas de resistencia, denuncia y construcción de conciencia e identidad. A lo largo de la última década, a esa lógica se suma una acción colectiva prefigurativa: encarnada por prácticas de autogestión, solidaridad y apoyo mutuo, conectadas a dinámicas de construcción de alternativas en marcos de trabajo cooperativo. Las formas de disidencia colaborativa con voluntad de prefigurar realidades más amplias y estructurales se van consolidando como uno de los ejes del ciclo emergente.

Se mantiene también operativo, en todos los casos, un **horizonte de impacto**, de incidencia sobre la producción de políticas públicas, como mecanismo de anclaje de avances tangibles, cuando se abren brechas y espacios –estructuras de oportunidad política de nuevo tipo– en las esferas de gobernanza e institucionalidad (Ibarra Güell, Martí i Puig y Sribman Mittelman, 2021).

### 1. Movimientos sociales en torno a lo cotidiano

El gran estallido ciudadano del 15 de mayo de 2011 marca un punto de inflexión: retorna el conflicto socioeconómico (bajo nuevas coordenadas); y el giro espacial y comunitario se asienta con fuerza. Emerge un conjunto de dinámicas de movilización conectadas a problemas globales, pero cuya expresión se produce en la proximidad y lo cotidiano. Las grandes narrativas pueden operar como referentes simbólicos, pero los procesos concretos de denuncia y resistencia generan prácticas “situadas”: cobran sentido en el territorio, en su

conexión con la lucha por el derecho a la ciudad. Asistimos a un tiempo marcado por el “Sí se puede” de la PAH contra los desahucios; el nuevo sindicalismo urbano frente a la especulación y la exclusión habitacional (Sindicato de Inquilin@s); la acción colectiva de las mujeres en marcos precarizados de economía urbana (Kellys, Sindihogar); las mareas ciudadanas en defensa de lo público (educación, sanidad, pensiones); las redes de remunicipalización de bienes comunes (Agua es Vida); y la movilización por la acogida y la ciudadanía de personas refugiadas y migrantes (Queremos acoger, Papeles para Tod@s) (Martí i Puig, González, Gomà e Ibarra Güell, 2020).

Emergen todos ellos como sujetos colectivos que comparten situaciones de explotación de sus respectivas vulnerabilidades. Nuevas subjetividades donde se articula lo personal y lo comunitario: el avance de capacidades de autonomía individual se vincula a intentos de reapropiación colectiva de la vida cotidiana. Desde esas nuevas “éticas del nosotros” se generan formatos innovadores de acción colectiva y movilización:

- en su **temática** pivotan sobre cuestiones socioeconómicas luego de años de ciclo posmaterial, vinculándose de forma directa a la reestructuración de la ciudadanía social.
- en su **narrativa** crean relatos con alta penetración social, marcos cognitivos con alta capacidad de *bridging* respecto al conjunto de la sociedad y al sentido común de época.
- en su **repertorio de acción**, más disruptivo que convencional, se desarrollan prácticas de carácter poco rutinario, rompedor e innovador. Pero que son a la vez reconocibles desde las trayectorias y vivencias cotidianas de las personas protagonistas.
- en su **vocación de impacto**, las dinámicas de movilización reafirman su voluntad de irrupción en el espacio político (redes de gobernanza susceptibles de ser abiertas por la acción

colectiva) y producir así efectos sobre las políticas (sobre todo las municipales).

## 2. Movimientos sociales en torno a lo global-digital

El 8 de marzo de 2017 se convoca la primera huelga feminista, seguida en más de 50 países. En octubre de ese mismo año nace y se viraliza en redes sociales el #MeToo como movimiento internacional frente a la violencia machista. El *hashtag* global convive, en nuestro país, con el #YoSíTeCreo a raíz de casos diversos de agresión sexual. Entre 2018 y 2020 el movimiento feminista llena las calles cada 8 de marzo, en todas las ciudades, con centenares de miles de personas, junto a la extensión y profundización de las huelgas de mujeres.

En agosto de 2018, al tsunami lila se añade la *green wave*, cuya génesis radica en el activismo de Greta Thunberg y el movimiento global #FridaysForFuture (#F4F). Toma forma como un entramado digital de redes cuyas acciones se contabilizan hoy en 93 estados y 677 ciudades. En septiembre de 2019, la primera huelga global por el clima convoca también a centenares de miles de personas en todo el planeta, en un contexto ya de emergencia climática declarada por un número creciente de instituciones públicas.

En mayo de 2020, George Floyd, un ciudadano afroamericano es asesinado en situación de indefensión por la policía de Mineápolis. El episodio criminal genera la propagación con fuerza a escala mundial del movimiento #BlackLivesMatter (#BLM), que había sido fundado en 2013 por tres mujeres activistas.

El #MeToo, el #F4F y el #BLM expresan, en síntesis, tanto el sesgo global-digital como el avance sustancial en capacidad de movilización de los movimientos feminista, ecologista y antirracista durante estos últimos años.

### 3. Acciones prefigurativas en torno a lo cooperativo

En paralelo a los cambios recientes en las dinámicas de movilización cobra fuerza una realidad que conecta la acción colectiva con la construcción del común: el campo de lo prefigurativo concretado en experiencias de autogestión urbana, prácticas de innovación social e iniciativas ciudadanas de solidaridad. Son experiencias que, más allá de las lógicas de denuncia, aunque ancladas en valores de transformación, sitúan la autonomía y la cooperación como ejes centrales. Una nueva gramática de acción colectiva generadora de disidencias creativas: espacios con voluntad de construir alternativas tangibles, realidades con capacidad de prefiguración de lo deseado a escala general (Nel-lo, Blanco y Gomà, 2022).

- Las experiencias de **autogestión urbana**. Se da en ellas una fuerte presencia de la “cultura de la autonomía” que se expresa en iniciativas de autotutela de derechos. Engarzan con la larga tradición del “ateneísmo” libertario y cooperativo, pero cristalizan en nuevas experiencias referenciales, como los bloques de viviendas okupadas, las escuelas populares o los espacios y equipamientos autogestionados.
- Las prácticas de **innovación social** nacen conectadas a la cobertura de necesidades materiales y, a diferencia de lo meramente asistencial, no renuncian a alterar relaciones de poder en el territorio. Su irrupción se encuentra directamente relacionada con los impactos de la Gran Recesión. La reactivación económica posterior ofrece un contexto que permite transitar de prácticas reactivas a estratégicas, erigiendo modelos alternativos de producción/acceso a bienes comunes (vivienda cooperativa, redes de soberanía alimentaria, comunidades energéticas...).
- La pandemia y sus efectos provocan un nuevo giro: emergen redes e **iniciativas ciudadanas de solidaridad**

orientadas al apoyo mutuo, a la activación de lazos vecinales y comunitarios, para enfrentar vulnerabilidades materiales y relacionales que los impactos de la covid-19 dejan al descubierto. Se intensifica aquí la dimensión comunitaria y cotidiana del bienestar, por medio de lógicas de apoyo y reciprocidad.

## **La transformación de los espacios políticos y los sistemas de partidos**

Como apuntábamos al inicio, al trazar las coordenadas del escenario de cambio de época, la última década no solo nos depara un ciclo movimentista con nuevas configuraciones; observamos también cómo la fuerza de ese ciclo se traduce en efectos muy relevantes sobre la acción política. Destacamos dos grandes dinámicas de alteración del tablero político preexistente: la desencadenada a partir del 15M y la articulada en torno al proceso soberanista en Cataluña.

### **1. La articulación sociopolítica del “espacio del cambio”**

El entramado cultural del 15M se traslada a la arena política por medio de tres procesos simultáneos: a) una dinámica de **creación**: la fundación de Podemos en 2014 como nuevo sujeto con voluntad de irrupción y de disputar marcos ideológicos y apoyos ciudadanos a los partidos tradicionales. b) Una dinámica de **transición**: la decisión, tomada por algunos movimientos sociales, de participar en la formación de agentes políticos para librar también batallas electorales (sobre todo en el escenario municipal). c) Una dinámica de **innovación**: la voluntad de actores clásicos de la izquierda alternativa de procesar en términos positivos los cambios culturales y explorar articulaciones con el campo de lo nuevo.

Los tres procesos anteriores se van entrelazando en clave de convergencias múltiples: entre dispositivos políticos preexistentes y emergentes; entre culturas de organización

política y lógicas de activismo social. El resultado es un nuevo espacio político, el **espacio del cambio**, que cristaliza en múltiples sujetos de confluencia a diferentes escalas territoriales, y en la propuesta de Unidas Podemos (UP) en el ámbito estatal. Se trata de un espacio que ensancha la arena político-institucional en términos de incorporación ciudadana, y cuyas primeras concreciones (e indudables éxitos) se producen en las elecciones municipales de mayo de 2015.

- **Del 15M al nuevo municipalismo. Barcelona en Comú como referente**

Las energías rebeldes del 15M trazan sus primeros caminos de mayoría social en la arena política municipal. Los resultados de la primavera de 2015 expresan dinámicas de ruptura en el escenario político. Lo emergente consigue un abanico de victorias electorales sin precedentes. CiU es derrotada en Barcelona; el PP tampoco seguirá gobernando en Madrid y Valencia. Los socialistas, sin embargo, no han erigido alternativa alguna. El espacio del cambio conectado a la cultura del 15M no sólo bate al PP, sino que se erige en referencia ganadora frente al bipartidismo del 78.

Se produce un cambio electoral de dimensión y naturaleza histórica. En las 13 ciudades españolas con más de 300.000 habitantes, PP y PSOE obtuvieron en 2011 el 80% de las actas; en 2015 no llegan al 50%. Más relevante aún: las candidaturas de unidad popular escalan, en esos municipios, hasta el 27,5%. La dinámica ganadora, o los escenarios de gobierno liderados por los sujetos de confluencia, se materializan en cuatro de las cinco ciudades principales: Madrid, Barcelona, Valencia y Zaragoza. La onda expansiva del cambio llega también a A Coruña, Santiago, Cádiz, Pamplona... Estamos, pues, ante una geografía electoral con rasgos de ruptura.

En Cataluña, los partidos de la vieja centralidad (CiU, PSC y PP) pierden en 2015 casi 450.000 votos respecto a 2011. Los espacios de confluencia y las fuerzas que los integran —en un

mapa de geometrías variables– ganan 540.000 votos. En la capital, Ada Colau, una activista antidesahucios, se convierte en alcaldesa. Barcelona en Comú (BComú) consigue el 25,2% de los votos y gana en 54 de los 73 barrios. En Nou Barris, distrito de clases populares y feudo emblemático de la izquierda, BComú llega al 34% doblando el voto socialista, 16,5%.

Más allá de las cifras electorales, cabe destacar tres componentes clave del nuevo escenario. La conexión estrecha, en primer lugar, entre los espacios municipalistas y las dinámicas de acción colectiva, un vínculo anclado en las propias trayectorias activistas de buena parte de los nuevos referentes políticos. El buen funcionamiento, en segundo lugar, de lo que podríamos denominar la “hipótesis de la centralidad”. Se trataba de superar, con la apuesta electoral, la lógica tradicional de minorías militantes frente a la hegemonía político-electoral del *establishment*, de demostrar que lo nuevo (y alternativo) era ya mayoritario (central) en términos ciudadanos, y podía serlo también en clave de representación institucional. Y la voluntad, por último, de consolidar dispositivos de naturaleza política no asimilables a los partidos tradicionales: ni en sus identidades (menos ideológicas), ni en sus formas organizativas (menos estructuradas).

La red de las “ciudades del cambio”, entre 2015 y 2019, opera como la única expresión institucional y de gobierno del nuevo espacio (Roth, Monterde y Calleja López, 2019). Lo hace en una tensión permanente entre potencialidades y límites: potencial simbólico y de agenda (nuevas narrativas y políticas públicas de transformación); y obstáculos por parte de un gobierno estatal hostil (por lo menos hasta la moción de censura que desaloja al PP en 2018). Los comicios municipales de 2019 alteran el escenario de forma parcial.

En Madrid, el triunfo de Más Madrid queda eclipsado por la nueva mayoría absoluta de derechas que retoma el gobierno local. Los resultados no son buenos en las ciudades gallegas

ni en Zaragoza. En Barcelona, Valencia y Cádiz, sin embargo, se revalidan mayorías de cambio lideradas por BComú, Compromís y Adelante. La red de ciudades sale debilitada. Pero lo más relevante sucede en el contexto estatal. UP pierde la mitad de sus escaños... y cierra el primer acuerdo de gobierno de coalición progresista con el PSOE. La nueva base de poder institucional se conjuga con la descapitalización política del espacio del cambio, y con un proceso de repliegue que lo aleja de las dinámicas de acción colectiva.

En este nuevo escenario, BComú se erige en referente de exploración de nuevas coordenadas de relación entre las esferas ciudadana e institucional. Por un lado, la confluencia de 2015 consolida un proceso de creación de una fuerza política organizada, de carácter municipalista e insertada en el espacio general de los comunes en Catalunya. Por otro lado, BComú ensaya formas de interacción con los movimientos sociales y las redes ciudadanas que conjuren los riesgos de desconexión. Y lo hace a través de fórmulas de *coproducción de políticas* innovadoras y de *alianzas público-comunitarias*. Estrategias que posibilitan, por ejemplo, transformaciones urbanísticas impulsadas con el movimiento vecinal o el sindicato de inquilinas; o la gestión ciudadana de buena parte de la red de equipamientos de proximidad.

- **De las plazas al gobierno. (Unidas) Podemos y su evolución compleja**

Más allá del municipalismo, el otro gran laboratorio de relaciones entre acción colectiva y fuerzas políticas se define en torno a la evolución de Podemos y las confluencias territoriales. Al calor de las energías ciudadanas del 15M y de los movimientos sociales frente al austericidio, la irrupción del nuevo sujeto y su buen resultado en las europeas de 2014, desencadenan el proceso de construcción del nuevo escenario.

Respecto al contexto de acción colectiva en el que nace, Podemos se caracteriza por algunos rasgos fuertes (Guedán,

2016; Iglesias, 2022; Errejón, 2021). Se reconoce, primero, como un dispositivo de impugnación. Un espacio donde articular la contestación a la vieja política y a su crisis de representación (el “No nos representan” quincenero).

Asume por tanto una lógica de política adversarial, conectada a la naturaleza contenciosa de los movimientos sociales. Plantea, desde esa lógica, un marco nacional-popular; es decir, la rearticulación del eje de conflicto en términos abajo/arriba (no tanto izquierda/derecha); y la voluntad de ejercer de motor de ampliación ciudadana de la arena política, de construir pueblo y de ser referente de “los de abajo”.

Esta hipótesis conduce hacia una apuesta de transversalidad ideológica. No se trata de ocupar un espacio “a la izquierda de la socialdemocracia”, sino de hacer tangible una oferta amplia de identificación progresista ubicada en coordenadas de superación de la vieja política. Esa oferta, finalmente, se va tejiendo con hilos de carácter narrativo más que sustantivo, y con elementos de liderazgo fuerte y personalizado en torno a Pablo Iglesias. Este conjunto de rasgos se completa con una tesis que marca la fase 2014-2016: la idea según la cual la ventana de oportunidad abierta en términos políticos es profunda y ancha, pero susceptible de cerrarse rápidamente. Resulta ajustado, por ello, plantear una estrategia de “tomar el cielo por asalto”; de forzar ritmos y tempos de acumulación de fuerzas y apoyos para conseguir las máximas cuotas de poder y producir transformaciones “de régimen”.

Entre 2016 y 2019, el escenario se altera sustancialmente. Los resultados electorales de junio de 2016 –Unidas Podemos y confluencias– se mantienen en su franja alta, pero se activa una dinámica de retroceso: pérdida de un millón de votos respecto a noviembre de 2015. Lo electoral viene acompañado de otros cambios tanto o más relevantes. El ciclo de acción colectiva, sobre todo en clave movimentista, pierde también fuerza y ello impone límites a la lógica política de la impugnación. La incorporación de Izquierda Unida al espacio

del cambio debilita la hipótesis nacional-popular y desplaza a UP hacia posiciones de izquierda clásica. Finalmente, en el terreno de la política de alto voltaje narrativo y emocional, las fuerzas conservadoras manejan recursos que les permiten jugar y ganar: en 2016 el miedo gana a la esperanza. Todo ello desmorona la tesis de la ventana de oportunidad histórica en clave de tsunami, que deberá reacomodarse hacia una dinámica más cercana a la “lluvia fina”. Y abordar, desde ahí, el doble reto de madurar nuevas complicidades ciudadanas a fuego lento, y trabajar de forma estable en marcos institucionales difíciles, preservando la conexión cultural con las movilizaciones sociales.

En 2019 se cierra el ciclo. El eco del 15M deja de resonar, como melodía de fondo, en el espacio político del cambio. La fractura interna –entre UP y Más País–, el fuerte retroceso electoral y la entrada en el Ejecutivo de coalición con el PSOE operan ya como las coordenadas de un tiempo nuevo. El contexto también se transforma: pandemia e impactos sociales; invasión rusa de Ucrania y crisis de inflación. En la acción colectiva gana peso la disidencia (lo prefigurativo) sobre la resistencia (lo contencioso); y el impacto en las políticas sobre el impacto en el sistema político. El hilo discursivo de UP se desplaza del predominio narrativo a las políticas públicas: referenciar los avances sociales impulsados desde el Ejecutivo. En 2021, la salida de Pablo Iglesias genera un escenario en construcción donde evoluciona un nuevo componente de complejidad: la coexistencia del repliegue identitario de Podemos con la gramática de apertura del proceso Sumar en torno a Yolanda Díaz. Un proceso que retoma elementos de conexión con la ciudadanía y de transversalidad, pero ahora desde la construcción (más allá de la impugnación); y desde lo sustantivo (más allá de la política del relato). Veremos.

## 2. La articulación sociopolítica del proceso soberanista en Cataluña

Veíamos hasta aquí las lógicas de acción colectiva surgidas en el campo cultural del 15M, sus efectos sobre el sistema de partidos y sus relaciones cambiantes con el espacio del cambio. No podemos obviar, durante la década 2010-20, el desarrollo de otra dinámica relevante de movilizaciones e impactos políticos que completa el escenario: el *procès* soberanista en Cataluña. Apuntamos sus coordenadas en este último apartado, aunque sea solamente a través de algunas pinceladas genéricas (Almeda *et al.*, 2021).

La sentencia del Tribunal Constitucional (TC) de 2010 sobre el nuevo Estatut resquebraja el acuerdo político entre Cataluña y España. El Estado, vía TC, abandona el pacto de forma unilateral, desobedece el carácter vinculante del referéndum de 2006 y sitúa a Cataluña como la única nacionalidad con un estatuto vigente no votado por las instituciones y la ciudadanía. Todo ello da lugar a un ciclo de acción colectiva (desde 2012) donde se conjuga la naturaleza rupturista de sus demandas, con alta capacidad de movilización y estabilidad en el tiempo. Tal vez el ciclo de mayores dimensiones en Europa en muchas décadas. El impacto sobre lo político, además, es relevante: ubica el eje nacional en el centro del conflicto, altera el sistema de partidos y genera un escenario institucional con fuertes elementos de choque de legitimidades y represión estatal.

En el **terreno ciudadano** pueden distinguirse tres etapas. Entre 2012 y 2014, Òmnium Cultural y la ANC (Asamblea Nacional Catalana) emergen como los dos grandes espacios vertebradores del *procès*. Apuestan por la transversalidad social, la autonomía respecto a los partidos y el ejercicio del derecho a decidir como demanda de referencia. Entre 2015 y 2017 se produce un doble giro: a) las dos entidades transitan de la incidencia al protagonismo en el terreno político-electoral, con la promoción de la candidatura Junts pel Sí y la petición explícita de voto para ella y la CUP; b) optan por redefinir el

*frame* movilizador de la autodeterminación a la independencia, alterando el campo de apoyo del 80% (referéndum como vía de salida democrática al conflicto) al 50% (independencia como opción de resolución). A partir de octubre de 2017 se abre un nuevo escenario: la votación y las movilizaciones (1 y 3 de octubre) marcan el punto álgido de implicación, y el binomio judicialización-represión se convierte en la única lógica de respuesta por parte del Estado. La dinámica se mantiene activa en torno a la dura sentencia del Tribunal Supremo en octubre de 2019 (con elevadas penas de cárcel para los líderes sociales y políticos del *procès*). La fase de desescalada y el inicio de la desjudicialización toman cuerpo con el indulto de junio de 2021 y la libertad de los presos políticos. Aún así, la capacidad de movilización en torno a la independencia y el cumplimiento del “mandato” del 1 de octubre se mantiene en niveles elevados.

Los impactos en la **esfera política** son constantes y complejos. En sus primeras etapas, la movilización social desplaza al conjunto de fuerzas políticas catalanistas del autonomismo al soberanismo: defensa del “ámbito de decisión catalán” sobre el modelo de relación con el Estado. Se constituyen, más tarde, dos grandes bloques políticos sobre la divisoria independentismo / unionismo, que polarizan a Junts, ERC y CUP respecto a PSC, Ciudadanos y PP. Aparece aquí la ubicación compleja de En Comú Podem. Los *comuns* se mantienen en el campo soberanista y antirrepresivo, pero al margen de la lógica política del *procès*. En el conjunto del estado, el espacio del cambio aboga por el derecho a decidir y la plurinacionalidad, a la vez que mantiene un relato nacional-popular español y, en el caso de Podemos, una estructura centralizada de partido con presencia directa en Cataluña (un esquema ajeno a la tradición de la izquierda catalana). Todo ello se da en un marco institucional inestable (no se agota ninguna legislatura autonómica), siempre con gobiernos y mayorías parlamentarias independentistas. En 2022, la salida de Junts per Catalunya del *Govern* y la apuesta decidida de ERC por la mesa de diálogo y la solución negociada pueden

abrir un escenario nuevo, tejido ya por una gramática política post-*procés*.

En síntesis, las lógicas de acción colectiva se han ampliado, diversificado y transformado de forma sustancial durante la última década. Las expresiones movimentistas han transitado un doble giro hacia lo espacial-cotidiano (derechos socioeconómicos de proximidad: vivienda frente a desahucios; bienes comunes frente a mercancías...) y hacia lo global-digital (feminismo o ecologismo internacionales articulados en red). Las expresiones cooperativas han construido disidencias (espacios autogestionados) y dinámicas de apoyo mutuo de raíz "ateneísta" (redes de solidaridad ciudadana). Buena parte de ello engarza con la onda cultural expansiva del 15M, la cual provoca, además, cambios relevantes en la esfera política y en las pautas de relación entre partidos y movimientos sociales. Debe sumarse, en el ámbito de Cataluña, el ciclo del *procés*, que ha originado movilizaciones ciudadanas sin parangón y efectos también importantes sobre los agentes políticos.

Todo cambia muy rápido. Y hoy, tras la pandemia y en plena crisis inflacionaria, todo parece agua pasada. Quizás lo sea. Pero sabemos también que las dinámicas sociopolíticas sedimentan, y ayudan siempre a explicar (y a configurar) futuros escenarios. La covid-19 ha comportado cierta recuperación de lo colectivo, la evidencia que solo en común podrán afrontarse las nuevas fragilidades locales y globales. El mundo postpandemia acumula incentivos para la superación de lógicas capitalistas, patriarcales y de agresión climática. Está por ver hasta qué punto todo ello consolida un nuevo ciclo de prácticas donde los cuidados compartidos y la protección de la vida y del planeta ocupen un espacio central. Está por ver también qué impactos pueden generarse sobre los actores políticos. Surge aquí la cuestión inquietante del crecimiento de las fuerzas activadoras de odios y miedos. Y el interrogante sobre las capacidades de los agentes del campo progresista para forjar respuestas conectadas a prácticas sociales de fraternidad y de esperanza. Emerge estos días de COP27, por

ejemplo, End Fossil Occupy, una red global de movimientos juveniles por la justicia climática que lleva a cabo centenares de ocupaciones de centros educativos con la demanda de romper los contratos de investigación y financiación que vinculan a muchas universidades con las grandes corporaciones del capitalismo fósil. Han acampado en el jardín del edificio histórico de la Universitat de Barcelona... se siguen plantando semillas de rebeldía.

### **Fuentes citadas**

Almeda i Samaranch, P.; Muñoz, J.; Amat, J.; Ubasart, G.; Colino, C.; Molina, I.; López, J.; Nikolas, Z. y Zubiaga, M. (coords.). 2021. *Catalunya-Espanya: del conflicte al diàleg polític?* Madrid: Catarata.

Errejón, I. 2021. *Con todo. De los años veloces al futuro.* Barcelona: Planeta.

Guedán, M. (ed.). 2016. *Podemos. Una historia colectiva.* Madrid: Akal.

Ibarra Güell, P.; Martí i Puig, S. y Sribman Mittelman, A. (coords.). 2021. *Impactos. ¿Qué consiguen los movimientos sociales?* Barcelona: Bellaterra.

Iglesias, P. 2022. *Verdades a la cara.* Barcelona: Navona.

Martí i Puig, S.; González, R.; Gomà, R. e Ibarra Güell, P. (coords.). 2018. *Movimientos sociales y derecho a la ciudad. Creadoras de democracia radical.* Barcelona: Icaria.

Nel-lo, O.; Blanco, I. y Gomà, R. 2022. *El apoyo mutuo en tiempos de crisis. La solidaridad ciudadana durante la pandemia Covid-19.* Buenos Aires y Barcelona: CLACSO, UAB y IERMB.

Roth, L.; Monterde, A. y Calleja López, A. (eds.). 2019. *Ciudades democráticas. La revuelta municipalista en el ciclo post-15M*. Barcelona: Icaria.